

La calle para el martes 26 de mayo de 2009
Diario de un espectador
Valentina, cuatro años
por miguel ángel granados chapa

A sus cuatro años de edad, que cumple hoy, Valentina es ya experta en varias materias. Conoce bien, y pronuncia correctamente su nombre, a Mario Iván Martínez. Nos dice que tiene un disco suyo, por lo que le resulta familiar su presencia. Lo vimos actuar el domingo por la tarde en la sala Silvestre Revueltas del centro cultural Ollín Yoliztli. Casi nos perdemos el concierto. O por lo menos su comienzo. O la comodidad de verlo sentados en butacas y no en las escaleras, lo que a nosotros no nos alarma, pues ya una vez en ese mismo lugar disfrutamos en la precariedad de los peldaños el concierto sobre el Himno nacional mexicano que tocó la Orquesta filarmónica de la ciudad de México, la misma que ahora está delante de nosotros.

Ufanos de llegar a tiempo, después de haber interrumpido una comida dominical a que estábamos invitados, sólo al comprobar que la sala Nezahualcóyotl estaba cerrada y verificar el dato con el padre de Valentina, tuvimos que apresurarnos para rectificar el rumbo y llegar a la Ollin Yoliztli. Con un elegante vestido naranja (o coral, o color semejante), Valentina nos fue confiada para la función que estaba comenzando. Tubby la tuba fue el primer número, luego de una introducción en que el diestro narrador nos paseó entre las secciones de la orquesta: las cuerdas, los metales, las percusiones. Luego de un intermedio el programa concluyó con Pedro y el lobo, la obra de Prokofiev en que el músico ruso hace de otro modo lo que Mario Iván Martínez había hecho al comenzar el programa: un recorrido por los violines, las violas, los violonchelos, los contrabajos, las flautas, el fagot, el corno, la trompeta, el trombón, etcétera.

El espectáculo no capturó al ciento por ciento la atención de Valentina. Se entretuvo buscando pastillitas de menta que, por un acuerdo ya antiguo, le provee su *bove*, en cuyo regazo pasó buena parte del concierto. Tampoco le desagradó la función. No pretendió que saliéramos antes de terminar, y con buenas maneras y hasta algo de entusiasmo aplaudía cuando había que hacerlo.

Quizá se preparaba para regalarnos su propia música. Desde el seno materno ha sido acostumbrada a las armonías, y ahora las entona con gusto y calidad. Mientras íbamos en el coche interpretó para nosotros un villancico cuyo ritornelo es “ría ría chá”. Y luego nos ofreció sus propias composiciones. Con una voz bien modulada, que por momentos llega al vibrato que su madre le ha enseñado, improvisa relatos con sentido y musicalidad. No es una niña prodigio. Pero se le parece.

Ya se sabe que los abuelos consideran que sus nietos son los más inteligentes, los más bonitos, los más precoces de todo el mundo. Eso que suele ser sólo una ilusión de las personas mayores, es puntualmente cierto en el caso de Valentina. Quien no lo crea que lo pregunte en su entorno. Oirá que coinciden su padre y su madre, sus abuelas, su *bove*, sus abuelos, sus tíos y hasta su pequeño primo Matías, que a sus ocho meses ya está en

edad de asentir a verdades que se le exponen: alabar y avalar las prendas excepcionales de Valentina.

Entere sus dones sobresalientes está la variedad y pulcritud de su lenguaje. Al componer una canción sobre la marcha, este domingo, empleó la palabra diminuto y supo explicar su significado cuando fue requerida para hacerlo. Un día paró en seco a uno de sus abuelos que le había pedido reunirse “con tus papás”. Aclaró de inmediato que ella tiene sólo uno, un papá. Este, como es natural, la atiende con cuidado y cuando una breve distracción le impide hacerlo, Valentina lo reprocha. Un día repitió a su padre que quería *hacer pipí*. Y ante la fugaz indiferencia paterna, aclaró que se trataba de un asunto urgente: “Papá, me estoy meando”

Mil gracejos suyos podrían contarse. Lo haremos.